

REALIDAD Y FUTURO DE LA REVOLUCIÓN EGIPCIA

Amr Elshobaki

La revolución popular egipcia ha conseguido derrocar con éxito al líder del antiguo régimen y sus símbolos, y ha comenzado a preparar su entrada en una etapa de transición democrática, asumiendo todas las oportunidades y peligros que conlleva el establecimiento de un sistema político basado en la democracia y el respeto por los derechos humanos.

Es cierto que la revolución del 25 de enero es la más importante de la historia del Egipto moderno. Se la considera una de las revueltas más importantes del mundo en cuanto a número de participantes (se calcula que el día 11 de febrero la participación alcanzó los 12 millones de ciudadanos), superando así el número de personas que recibió al imam Jomeini a su regreso del exilio a Irán (entonces fueron 6 millones de personas, que hasta la revolución egipcia había sido el mayor número de participantes en manifestaciones no oficiales en la historia de la humanidad).

De hecho, la energía demostrada por las masas egipcias durante 18 días, su insistencia a la hora de exigir la dimisión de Mubarak y sus pretensiones de cambio les hizo ganarse el orgullo y el respeto de todo el mundo, especialmente visto su carácter pacífico y civilizado, además de no violento, y todo ello a pesar de los problemas económicos y sociales a los que el país tiene que hacer frente y de los difíciles retos a los que tendrá que enfrentarse durante la etapa de transición.

Existe, de hecho, una peculiar escuela de interpretación a la hora de analizar la revolución egipcia, expresada en algunas publicaciones europeas, que parte de la Revolución francesa como modelo inexacto con el que comparar las experiencias de cambio en otras sociedades y, por lo tanto, no queda satisfecha al describir lo ocurrido en Egipto como una revolución, puesto que no ha desmantelado las instituciones del antiguo régimen y, más concretamente, del Estado, como sí ocurrió durante la Revolución francesa.

Resulta paradójico que los medios europeos y franceses analizaran con entusiasmo las revoluciones de la Europa del Este de 1989, a pesar de que muchas de ellas estuvieron exentas de una amplia participación popular y fueron la expresión de un acuerdo entre la Unión Europea y los Estados Unidos para la configuración del mundo tras el fin de la Guerra Fría. Al mismo tiempo, numerosos medios de comunicación e instituciones académicas en Europa —especialmente en Francia— se han empeñado en subestimar la importancia de las revoluciones árabes, exactamente de la misma forma que ya había ocurrido con anterioridad con las experiencias de muchos países latinoamericanos. En este sentido, cabe señalar la existencia de cuatro grandes modelos de escisión revolucionaria en la historia de la humanidad que representan una excepción en las experiencias de transformación que han tenido lugar en el mundo, entre las cuales se encuentra la egipcia; se trata de la Revolución francesa, la revolución comunista de Rusia, la revolución china y, por último, la revolución iraní.

Lo cierto es que aquellos proyectos revolucionarios que promueven la desintegración de los antiguos pilares del Estado son una excepción en la historia de las experiencias transformadoras de todo el mundo. España y Portugal se transformaron sin una revolución, a pesar de sus respectivas historias repletas de levantamientos populares, y lo mismo puede decirse de las experiencias de la Europa de Este, así como de algunos países de América Latina.

El hecho de no haber designado un tribunal revolucionario que sustituya a la justicia ordinaria egipcia para enjuiciar a los símbolos del antiguo régimen no puede llevarnos a pensar que este hecho ha impedido a Egipto ser protagonista de una gran revolución en la historia de la humanidad, como tampoco lo es el hecho de que los responsables del Ejército hubieran sido nombrados por Hosni Mubarak y, por lo tanto, fuera necesario destituirlos para evitar una catástrofe como la iraquí —debido a la difícil situación económica del país, con más de 80 millones de habitantes—, o que no se haya destituido a los embajadores del Ministerio de Asuntos Exteriores, cuyo nombramiento fue decretado por el presidente saliente.

El punto de partida de la revolución egipcia pone en el corazón de la misma diversas experiencias de cariz positivo de las que todo el mundo ha sido testigo, precisamente porque la revuelta se ha alejado del patrón de las revoluciones francesa, rusa, iraní o china, que concluyeron con el desmantelamiento de las instituciones estatales. Algunas de ellas incluso llegaron a derrumbarse, como ocurrió con la experiencia comunista en la Unión Soviética, o no procuraron la democracia, como fue el caso de la revolución iraní. La revolución egipcia ha seguido siendo un proyecto caracterizado por su pacifismo y sus éxitos, puesto que ha logrado el primero de sus objetivos, representado por el derrocamiento de las cabezas visibles del antiguo régimen. Sólo por eso, la revolución egipcia puede considerarse la revolución por excelencia, independientemente del éxito o fracaso de su proceso de construcción. Nos encontramos, así pues, ante una experiencia que no niega su estatus como una gran revolución en la historia de la humanidad, en la que han participado más de 12 millones de personas, en un escenario sin precedentes en la historia de las revoluciones globales.

El desafío al que Egipto deberá hacer frente viene representado por la presencia de un apoyo institucional a la etapa de consolidación de un nuevo sistema. En las experiencias de Europa del Este, fueron la Unión Europea y los Estados Unidos los que sustentaron la construcción de aquel proyecto. En Latinoamérica, ha sido el punto de equilibrio entre el antiguo estamento militar y el pueblo. En cuanto a Egipto, no existe alternativa al papel que la institución militar puede desempeñar —en tanto que institución exenta de la devastación que tuvo lugar durante la época de Mubarak— a la hora de garantizar la transición democrática. Tanto en caso de éxito —un éxito que, por cierto, no todos desean— como de fracaso —del que muchos se alegrarían— todo el mundo estará observándonos. No existe alternativa alguna a la continuidad de la simbiosis entre el pueblo —artífice de la revolución— y el Ejército, que le ha brindado su protección garantizando la seguridad durante la fase de transición sin adoptar un papel protagonista al frente del Gobierno.

Entre el derrocamiento del régimen y el Estado

El pueblo egipcio enarboló la enseña de «el pueblo quiere la caída del régimen», pero lo cierto es que en ningún momento ha dicho que quisiera derrocar al Estado. Acogió positivamente la postura del Ejército, pilar de su revolución. Combatió a favor del derrocamiento del primero y la continuidad del segundo. Se trata de una postura que difiere radicalmente de la imagen estereotipada que ha caracterizado la relación de los pueblos latinoamericanos con el Ejército, pueblos que han sido víctimas de dictaduras militares represivas, mientras que la visión que el ciudadano egipcio de a pie tiene de su Ejército es la de un salvador frente a las injusticias del poder.

Lo cierto es que la postura de los revolucionarios egipcios destaca por una inclinación innata hacia modelos de experiencias de cambio que han frustrado la capacidad del antiguo régimen de perpetuarse en el poder, así como por el enjuiciamiento de sus símbolos corruptos, acusados de crímenes contra la ciudadanía. Pero no se ha producido ninguna venganza contra todos aquellos que trabajaron para el régimen anterior, puesto que muchos de ellos —particularmente en el contexto egipcio— se afiliaron al partido gobernante por considerarlo el partido del Estado, desde la Unión Socialista fundada en la época del presidente Abdel Naser, pasando por el Partido de Egipto fundado en la época del presidente Anwar al-Sadat y terminando por el Partido Nacional Democrático (PND), cuyos afiliados se contaban por millones.

El PND, que gobernó Egipto desde su fundación en 1978, incluía una singular combinación de corruptos e ignorantes, al tiempo que funcionaba como «partido estatal» asociado al aparato administrativo y de seguridad del Estado, incluidos cientos de miles de ciudadanos de a pie que se afiliaron al mismo sin participar necesariamente de la corrupción y las torturas. Cabe aquí mencionar la experiencia de la depuración del baazismo iraquí, que ha transformado el país en un escenario caótico y ha abierto las puertas a que el Ejército tenga que gobernar directamente el país. Pero si la revolución aspira a excluir, por vías democráticas, al PND de la vida política del país y a derrocar a sus símbolos y líderes en unos comicios futuros, esta circunstancia abrirá las puertas a un genuino desarrollo pacífico y democrático y a la derrota del partido gobernante en las próximas elecciones, al proporcionar una alternativa convincente para las masas.

Lo paradójico es que Egipto, en cuya revolución han participado millones de personas, no ha derrocado todos los pilares del antiguo régimen —entre ellos, las instituciones—, tal y como sí ocurrió en las grandes revoluciones clásicas antiguas —la Revolución francesa, la bolchevique, la china y la iraní. La revolución iraní, durante la cual murieron más de 70.000 mártires, llevó a la práctica una amplia campaña de ejecuciones contra todos los líderes del régimen y sus colaboradores hasta alcanzar las 60.000 personas, a través de los tribunales revolucionarios. Sin embargo, en experiencias de cambio como la iraquí, las fuerzas de ocupación norteamericanas cometieron un grave error al disolver el Ejército y las instituciones estatales, que cayeron en manos de milicias sectarias que dominaron muchos de sus órganos, particularmente en el Ministerio del Interior. Se adoptó asimismo

la decisión de «desbaazificar» el país, lo que resultó en la destrucción de la vida política de Iraq.

Las experiencias de demolición del régimen precedente y su erradicación vengativa fuera del marco de la ley no trajeron la democracia al pueblo iraní, a pesar de la grandeza de su revolución, ni al pueblo iraquí, a pesar de la nobleza de su historia. El punto de partida de la revolución egipcia representa una verdadera oportunidad para construir un nuevo sistema político inspirado en experiencias exitosas, tales como las de Europa del Este, Latinoamérica, España o Portugal. En todas ellas, se hizo frente al antiguo régimen por medio de la ley, no de la venganza, y se generaron alternativas políticas y sociales que progresivamente fueron cercando a las instituciones del antiguo régimen hasta su derrocamiento final a través de unas elecciones democráticas.

Los países latinoamericanos, tan similares a Egipto en muchos aspectos, se han enfrentado a regímenes militares autoritarios caracterizados por una relación muy negativa entre el pueblo y el Ejército. Por el contrario, en el caso de Egipto el estamento militar ha apoyado las demandas de los rebeldes. La acción tanto del Ejército como del pueblo ha dado lugar a la construcción de la democracia, la ejecución de un proceso de transformación democrática y el asedio a todos los pilares del antiguo régimen por medios democráticos, amén del procesamiento de todos los corruptos dentro del marco de la legalidad.

El dualismo pueblo-Ejército

El más importante de los retos a los que se enfrenta la revolución egipcia es la construcción de una nueva corriente política sobre las bases de una verdadera fuerza social a través de la expansión de las redes de acción social y el crecimiento de las clases emergentes, sobre todo porque la crisis de los partidos políticos y las antiguas instituciones políticas han hecho que permanecieran aisladas de la escena social durante la etapa anterior. Ahora, ha llegado el momento de construir una verdadera conexión entre ambas.

El gran desafío al que deben hacer frente los revolucionarios del 25 de enero es transformar los principios de la revolución y sus valores en una nueva práctica política y de partidos, mediante el establecimiento de uno o más partidos políticos que conformen la base para la construcción de una amplia coalición, con el objetivo de participar en las próximas elecciones presidenciales y legislativas con el apoyo de otras fuerzas sociales, incluidos los sindicalistas, la segunda generación de empresarios y las clases medias y empobrecidas, ansiosos de construir un nuevo Egipto sobre la base de la justicia y la democracia.

Este proceso podrá salvar a Egipto de los peligros que amenazan los principios de la revolución y el caos que amenaza al proceso de la transición democrática, particularmente después de haber sido testigos de una crisis que afecta a todas las instituciones y de los problemas que afectan a todo el tejido industrial. Todas estas cuestiones deben abordarse con una nueva política, radicalmente distinta de la visión burocratizada y preocupada por la seguridad que aún marca la interacción del nuevo régimen con la realidad, haciendo caso omiso de lo más importante y

urgente, que no es otra cosa que proponer una visión política global que permita afrontar los desafíos y riesgos de la etapa actual.

Lo cierto es que la revolución egipcia ha constituido un excelente ejemplo de solidaridad entre dos grupos que con frecuencia han mostrado una desconfianza mutua: los jóvenes y las Fuerzas Armadas. Los primeros siempre sospecharon del Estado mismo, al considerar que todas las instituciones formaban parte de un sistema autoritario; por su parte, el régimen consideraba que los jóvenes ya estaban lo suficientemente distraídos con el fútbol y la religiosidad meramente formal, y que el resto podía conformarse con estar presente en comités políticos, morirse de la rabia o suicidarse, hasta que llegó la revolución del 25 de enero para confirmar que los corazonas de los jóvenes egipcios siguen latiendo y aspiran a la cultura y la revolución.

Lo más importante que el estamento militar ofreció durante los días de la revolución no fue únicamente su negativa a enfrentarse con los manifestantes por la fuerza, sino también un altísimo nivel de desempeño profesional y político capaz de inspirar en los jóvenes un sentimiento de confianza hacia sus propias Fuerzas Armadas; algo inusual en las experiencias de otros países, donde se han producido enfrentamientos entre los rebeldes y las instituciones del régimen —incluido el estamento militar—, particularmente en los países latinoamericanos.

Quien haya seguido de cerca los comentarios de los jóvenes que han protagonizado esta «Revolución de la Ira» a través de las antenas parabólicas se queda perplejo ante la unanimidad mostrada en la confianza en el Ejército, así como su respeto, libre de toda hipocresía, contrariamente a aquellos que durante toda su época de gobierno entonaban loas por el presidente Mubarak y a quienes bastó un solo instante para venderlo cuando cambiaron las tornas y éste cayó derrocado por la revolución.

Es muy posible que los jóvenes, tras haber recuperado la confianza en las instituciones de su propio país —empezando por el Ejército, una vez asumidas como propias las demandas de la juventud— signifique que nos encontramos ante el verdadero comienzo que les fue negado a otras sociedades que sufrieron bajo el peso de las dictaduras militares, que hicieron frente a las aspiraciones de la gente con las armas.

Tras la caída del antiguo régimen y antes de la construcción del nuevo: el establecimiento de la segunda república

Egipto se encuentra ahora ante el desafío de establecer una segunda república, lo que supondría la transición hacia una democracia presidencial despojada de todo poder de naturaleza faraónica para el cargo de presidente de la República, limitando la permanencia en el mismo a dos legislaturas sin opción a renovar su mandato, la modificación de las leyes que restringen las libertades, la libertad de formar partidos políticos y periódicos, el levantamiento de las restricciones impuestas a las organizaciones de la sociedad civil, el saneamiento del aparato de seguridad del Estado y su reconstrucción y la conversión de las instituciones de la prensa gubernamental de entidades vinculadas al partido gobernante en instituciones públicas, propiedad del Estado y del pueblo.

El legado que la segunda república hereda de la primera no es insignificante. No ocurrirá como en los países de la Europa del Este. Egipto no es un país que goce de un sistema educativo y sanitario desarrollado, ni de servicios que puedan considerarse siquiera de nivel medio. Tampoco cuenta con universidades que formen a científicos y profesionales suficientemente preparados, ni con centros de investigación desarrollados o una cultura pública y artística sobresaliente. Por lo tanto, el país se verá obligado a duplicar sus esfuerzos con el fin de facilitar la tarea de establecer la democracia, al tiempo que no cabe subestimar los peligros que acechan al país.

La transición hacia la segunda república se acerca y el Ejército egipcio será el encargado de llevar a cabo este proceso, quizás antes de lo previsto. Las élites civiles y los jóvenes protagonistas de la Revolución de la Ira tendrán entonces una gran responsabilidad a la hora de establecer los cimientos de una nueva política y de gestionar las instituciones estatales con una eficiencia razonable, después de haber sido víctimas no sólo de la ausencia de la democracia, sino de experiencias de fracaso en lo profesional y lo político.

Es en este punto donde la misión histórica de los revolucionarios del 25 de enero debe transformar los valores y principios de libertad, dignidad y justicia social que inspiraron la revolución en un ejercicio político protagonizado por los partidos, capaz de obtener una mayoría parlamentaria en las próximas elecciones democráticas.

Para lograr dicho objetivo, es necesario establecer una visión clara que guarde relación con el consenso social sobre la constitución del periodo de transición, la necesidad de organizar el proceso de cambio democrático con leyes que la regulen sin limitaciones y el establecimiento de la legitimidad de una «tercera vía», representada por la revolución del 25 de enero, que rompió con gran parte del dualismo partidista e ideológico cerrado que Egipto ha conocido durante los últimos treinta años. Muchos de los jóvenes demócratas tomaron partido por la revolución y por la justicia social, conformando con ello una nueva vía de pensamiento y acción que se diferenciaba del modelo tradicional que había caracterizado a tantos liberales en Egipto, como por ejemplo hicieron muchos jóvenes partidarios de los Hermanos Musulmanes que salieron a las calles enarbolando las enseñas civiles de la revolución en lugar de las consignas religiosas de la hermandad. Junto a ellos, inundaron las plazas y los espacios públicos del país muchos jóvenes cristianos que durante largo tiempo habían sido víctimas de la «república del miedo» de los musulmanes y el islam y, tal vez, del país en su conjunto.

El establecimiento de una segunda república exigirá grandes esfuerzos por parte de los jóvenes egipcios para hacer frente a los errores del pasado y establecer un sistema político dispuesto a transformar los principios que inspiraron la revolución en una práctica diaria que permita avanzar al país. La revolución ha recorrido la mitad del camino con el derrocamiento del régimen y es capaz de completar la segunda mitad para construir un sistema político que aporte estabilidad, justicia y libertad para el conjunto de los egipcios, transformando los princi-

pios que inspiraron la revolución en una práctica novedosa y diaria susceptible de construir y forjar un futuro mejor para este país.

Existen países que aun conociendo elecciones democráticas y habiendo abierto horizontes para la alternancia en el poder, se consideran Estados fallidos, como es el caso de Pakistán y México. Otros han alcanzado la democracia y el desarrollo y han sido capaces de construir instituciones fuertes y un sistema democrático caracterizado por su vitalidad y eficiencia, como por ejemplo Turquía, Brasil, Malasia y otros. La revolución del 25 de enero puede dar paso a una nueva fase que permita combinar democracia y desarrollo. No es tan sencillo como algunos creen, puesto que el legado de la «era Mubarak» ha sido negativo en todos los ámbitos. La ingenuidad revolucionaria debe transformarse en la genialidad del cambio y la construcción.

La segunda república tiene la capacidad de llevar a Egipto a una nueva fase, siempre que se establezcan nuevos estándares y normas que permitan la incorporación de fuerzas políticas emergentes que dejen atrás un sistema anticuado y corrupto. El nuevo régimen tiene ante sí una oportunidad histórica de renovar el sistema político en su totalidad, en un contexto en el que puede beneficiarse de haber heredado un Ejército no dividido —como Libia o Yemen— y unas instituciones estatales que funcionan, aún cuando sea de forma limitada en términos de eficiencia, pero que son susceptibles de ser desarrolladas y saneadas.

Reconstruir las instituciones sin desmantelarlas

Las diversas experiencias de cambio que ha conocido el mundo se dividen entre aquellas que han derrocado a sus regímenes y hundido el Estado y aquellas otras en las que se derrocó al régimen, pero se mantuvo el Estado. Las revoluciones clásicas —francesa, rusa, china e iraní— se asocian al primer modelo. Sus regímenes fueron derrocados por grandes revoluciones que derribaron a las instituciones con el objetivo de reconstruirlas sobre bases «revolucionarias». En los demás casos, que concluyeron con levantamientos populares de mayor o menor alcance a través de procesos de gestación externos o internos —Latinoamérica, Europa del Este, España, Portugal y Turquía—, optaron por el derrocamiento del régimen al tiempo que se reparaban las instituciones del Estado y se saneaban.

El proyecto de derrocamiento del régimen sigue siendo el predominante en aquellas experiencias de cambio que han tenido éxito —quizás a excepción de China, país que procedió a la demolición del Estado y construyó un sistema exitoso. El desmantelamiento del régimen se ha detenido a las puertas del sistema político, sin acercarse al Estado como tal, como hicieron los estadounidenses en Iraq al disolver el Ejército y, con ello, las instituciones del Estado, lo que llevó a un desastre sin precedentes.

En este sentido, la experiencia de la revolución egipcia se considera única, adquiriendo un enorme potencial que ha superado a tantas otras experiencias del cambio en el mundo. Si hubiera querido, habría podido derrumbar las instituciones del Estado y pasar a formar parte del modelo difícil y excepcional de otras experiencias de cambio y revueltas populares; pero el pueblo egipcio, gracias

a su carácter y su legado civilizacional optó por un modelo de «éxito teórico», que pasase por el derrocamiento y saneamiento del régimen.

De hecho, la adopción de un escenario de desmantelamiento del Estado por parte de la revolución egipcia habría resultado tan costoso como catastrófico. Habría supuesto el no reconocimiento del sistema judicial y el nombramiento de jueces revolucionarios, así como el no reconocimiento del liderazgo del Ejército —puesto que se trataba de cargos designados por el antiguo régimen—; se habría hecho necesario el desmantelamiento del aparato policial, sin pretensiones de reconstrucción y capacitación del mismo; así como la adopción de una serie de decisiones ya conocidas por experiencias anteriores que habrían terminado por considerar a todos como agentes del antiguo régimen, elementos contrarrevolucionarios o «desviados» de la senda trazada por la revolución.

Si bien es cierto que la revolución egipcia no ha seguido esa senda, el problema radica ahora en que aún no se ha puesto en marcha la segunda alternativa, a saber, la reforma de las instituciones estatales. Las experiencias de cambio a través de levantamientos populares, como ocurrió en algunos países de América Latina y anteriormente en España y Portugal, así como los cambios en Europa del Este, construyeron un nuevo sistema político en paralelo con la reforma de las instituciones del Estado, devolviéndoles así su eficacia. Los países que han avanzado son aquellos que cumplieron con éxito esta misión; los que fracasaron son los que fracasaron a la hora de ponerla en práctica.

Siempre nos hemos decantado con claridad por una opción: la transformación del sistema y la preservación del Estado no significa tener que mantenerlo en condiciones idénticas y con las mismas características previas. Además, sería desastroso, puesto que la reforma del Estado e incluso su saneamiento son una condición previa al éxito de la revolución. Cualquier tropiezo en este sentido abriría las puertas a ideas anarquistas que apuesten por el desmantelamiento del Estado o busquen dinamitar su prestigio.

Todo aquello de lo que ahora somos testigos en Egipto nos resulta extraño, especialmente porque la tarea de los revolucionarios pasaba por el derrocamiento del régimen, mientras que la del Gobierno —y, con él, la Junta Militar que ha dirigido la etapa de transición— ha sido la de reformar el Estado, aun cuando sea una tarea que requiera su tiempo, e incluso en el caso de que existan riesgos. La condición del éxito de este proceso de democratización pasa por establecer reglas estrictas que controlen la competencia política y económica.

¿Cómo puede uno guardar silencio ante la oleada de ataques que se han producido durante las giras de los candidatos más destacados a la presidencia, Amr Musa y Muhammad al-Baradei? Amr Musa ha sido víctima de diversos enfrentamientos en sus mítines electorales en el sur de Egipto, algunos de los cuales (se dice) podrían haber sido protagonizados por partidarios de al-Baradei. Por su parte, el segundo es uno de los candidatos más pacíficos, siempre respetuoso con los derechos de su adversario. El propio al-Baradei sufrió un ataque cuando se dirigía a depositar su voto en el referéndum y hasta el momento no ha presentado denuncia alguna. Los responsables de la quema de la iglesia de Sul no han sido lle-

vados ante la justicia, y los miles de salafistas que rezaron delante de la catedral —y que se habían negado a participar en la revolución, apoyando al gobernante exactamente igual que hicieron los líderes eclesiásticos— estimaron que se trataba de una cuestión relacionada con la libertad de expresión, sin tener tan siquiera conciencia de la gravedad que su comportamiento podría ocasionar, incluso cuando existen medios legales y de presión pacífica —distintos a una manifestación delante del lugar de culto de otros— que permiten conocer el destino de cualquier víctima de arresto domiciliario —en referencia al caso de dos mujeres cristianas conversas al islam que permanecían retenidas en un monasterio por la iglesia. Asimismo, hemos conocido el fallo de un tribunal que ha dejado en libertad a un grupo de oficiales acusados de matar a varios manifestantes, aspecto éste que ha inducido a diversas sospechas sobre el funcionamiento del poder judicial.

A pesar de las difíciles condiciones en las que trabaja el aparato policial tras el derrumbe de las instituciones y de la dificultad añadida que suponía la presencia del Ejército —que no quiso entrar en un enfrentamiento que le hubiera traído consecuencias, puesto que no tenía ninguna clase de cobertura por parte de un Gobierno, presidente o Parlamento electos—, lo cierto es que la escalada de caos hubiera acarreado problemas a la transición democrática en su conjunto.

La revolución, que disfrutó de una fuerza considerable, no podía ir demasiado lejos en la destrucción de los pilares del Estado —que se habría derrumbado sobre nuestras cabezas— y en ningún momento ha anunciado su voluntad de perpetuar un Estado bajo cuya sombra hemos vivido los últimos 30 años. La «bondad» del pueblo egipcio no debe interpretarse como la posibilidad de volver a tomar a los egipcios por tontos. Siguen produciéndose crímenes que tienen lugar al margen de la ley y que aún se toleran. Nuestro sistema judicial falla y necesita reformas radicales, tal y como ha ocurrido en todos aquellos países que han pasado por una transición de una dictadura a una democracia. No debemos conformarnos con las consignas que sostienen que la sacrosanta justicia es intocable.

El Gobierno no ha cambiado ni una sola regla de las que rigen el funcionamiento de las viejas instituciones, ni siquiera ha tratado de escuchar propuesta alguna que vaya en este sentido. La mayoría de los responsables de las instituciones, que pertenecen a lo que queda del antiguo régimen, siguen disfrutando de privilegios especiales, pues se imaginan que pueden destruir una vez más los logros del pueblo egipcio y mercadear con su sangre.

La caída del régimen y la reforma del Estado son dos requisitos urgentes. Es imprescindible establecer un calendario que permita iniciar una serie de reformas quirúrgicas en las instituciones estatales que supervisen multitud de aspectos, hasta que sea posible celebrar elecciones democráticas en las que puedan competir distintas fuerzas políticas bajo la protección de una nueva Constitución y un nuevo marco jurídico capaz de detener cualquier amago de caos o fallo de seguridad que pudiera detectarse antes o durante la celebración de dichas elecciones.

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Amr Mahmod Elshobaki es profesor de ciencia política en la Universidad de El Cairo y analista político del Centro de Estudios Políticos y Estratégicos de al-Ahram en Egipto. Es un destacado analista de los procesos de democratización en los países árabes, movimientos islamistas y relaciones internacionales, en particular entre los países árabes, los Estados Unidos y Europa. Elshobaki ha sido uno de los impulsores, y actual presidente, del Alternatives Forum for Political Studies. Entre su publicaciones podemos destacar los libros *Les frères Musulmans des origines à nos jours* (2009) y *The future of the Muslim Brotherhood* (2006). Igualmente, es asiduo autor de artículos en revistas y periódicos: *Al-Masri al-Youm*, *al-Ahram newspaper*, *al-Ahram Strategic Periodical* (El Cairo), *al-Hayat* (Londres), *al-Khalij* y *al-Bayan* (Emiratos Árabes Unidos) y *al-Sharq al-Awsat* (Londres).

TRADUCCIÓN

AEIOU Traductores (árabe)

RESUMEN

La energía demostrada por las masas egipcias durante dieciocho días y su insistencia en la necesidad de forzar la renuncia de Mubarak, así como sus exigencias de cambio, les hizo ganarse el orgullo y el respeto de todo el mundo, especialmente gracias a su carácter pacífico y no violento, a pesar de los problemas sociales y económicos que asolan el país y de los difíciles retos a los que el país se enfrenta en la fase de transición.

El reto al que Egipto debe hacer frente tras la revolución viene representado en la existencia de un apoyo institucional durante la fase de construcción del nuevo sistema. Durante las experiencias de transformación de Europa del Este, la Unión Europea y los Estados Unidos brindaron algo más que su apoyo: se convirtieron en socios del proyecto de cambio y construcción. En Latinoamérica, el proyecto de construcción del nuevo sistema tuvo como punto de partida el equilibrio entre la autoridad del estamento militar y el pueblo. En cuanto a Egipto, no existe ningún sustituto para el papel que el Ejército es capaz de desempeñar, vista la debilidad de las instituciones y fuerzas políticas y teniendo en cuenta el vacío de poder y la ausencia de socios extranjeros que gocen de la suficiente confianza en el interior del país. No existe más alternativa que la continuidad de esta simbiosis entre el pueblo, artífice de la revolución, y el Ejército, protector de la misma, gracias a su papel de garante de la etapa de transición, mas no a costa de su permanencia al frente del Gobierno.

PALABRAS CLAVE

Revolución, manifestación de protesta, Hosni Mubarak, rol de los militares, plaza de Tahrir, Egipto.

ABSTRACT

Despite the social and economic problems devastating the country and the tough challenges facing a country in a stage of transition, the energy shown by the Egyptian masses for eighteen days, their demand for the need to force the resignation of Mubarak and their demand for change in a passive and non-violent manner brought them the pride and respect of the whole world. Following the revolution, the challenge facing Egypt comes in the form of institutional representation while the new system is being built. During Eastern Europe's experiences of transition, the EU and the USA afforded more than just their support, they became partners in the project for change and rebuilding. In Latin America, the starting point of the project of building a new system was the balance between the authority of the military stratum and the people. In Egypt's case, there is no substitute for the role the Army is capable of playing due to the weaknesses of institutions and political forces and given the vacuum of power and the absence of overseas partners that benefit from the sufficient trust in the country's interior. There is no other alternative but to continue with the symbiosis between the people, who engineered the revolution, and the military, the protector of this revolution, in its role as guarantor of the transition phase, which, nevertheless, must not remain at the head of the government.

KEYWORDS

Revolution, demonstration, Hosni Mubarak, the Army's role, Tahrir Square, Egypt.

المخلص

إن الطاقة التي فجرتها الجماهير المصرية طوال 81 يوما وإصرارها على ضرورة تنحي مبارك ومطالبتها بالتغيير كانت مسار فخر واحترام العالم كله. خاصة أنها اتسمت بالسلمية والتحضر وعدم العنف رغم المشكلات الاجتماعية والاقتصادية التي تعاني منها البلاد. ورغم صعوبة التحديات التي تواجه المرحلة الانتقالية، إن التحدي الذي يواجه مصر ما بعد الثورة يتمثل في وجود داعم مؤسسي لمرحلة بناء النظام الجديد. فتجارب أوروبا الشرقية كان الاتحاد الأوربي والولايات المتحدة أكثر من داعمين إنما شركاء في مشروع التغيير والبناء على السواء. وفي أمريكا اللاتينية انطلق مشروع البناء من نقطة التوازن بين سلطة النظام العسكري القوي والشعب. أما مصر فلا بديل عن دور المؤسسة العسكرية في ظل ضعف التنظيمات والقوى السياسية وفي ظل فراغ السلطة وغياب الشريك الخارجي الذي يتمتع بثقة الداخل. ولأمناس من استمرار هذا التزاوج بين الشعب الذي صنع الثورة والجيش الذي حماها على أساس تأمين المرحلة الانتقالية لا بقاء الجيش في الحكم.

الكلمات المفتاحية

ثورة، مظاهرة إعتصام، حسني مبارك، دور الجيش، ميدان خير، مصر.